

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO:

EN EL NOMBRE DE LAS ESTRELLAS

-¡Pero Darion, no reniegues así de ella! -dijo la mujer-
¡Es tu hija!

-No, no es mi hija. ¡No es sangre de mi sangre! ¡Es de sangre Jedi! ¡Debimos haberla mandado con su verdadero padre cuando te casaste conmigo! Jamás...

-Tenemos que esperar a que su maestro venga a por ella para entrenarla. Ella forma parte del futuro de esta galaxia. ¡Si la hubiéramos mandado con su padre, al centro de la galaxia, habría muerto con los demás! ¿No lo entiendes?

-¡Mejor! Así no tendría que criar una carga que el día de mañana desaparecerá para convertirse en el mismo objeto inútil que fue el que le dio la vida. ¿De qué le sirvió a él ser Jedi? ¡De nada! ¿De qué sirvieron a la galaxia los Jedis? ¡De nada! Una logia inútil que recibió el destino que merecía.

-¡Cállate! ¡No sabes lo que dices!

-No me mandes callar, ¿me oyes? ¡A mí nadie me manda callar en mi propia casa! Largaos un rato tú y ella y dejadme tranquilo. Trabajo dejándome la piel todo el día y... y... ¿Y tú qué miras, demonio de criatura?

-Nada.

-¡Deja a la niña tranquila, maldito seas!

-¡Tienes once años, no permito que me mires así! ¡Fuera de mi vista!

-¿Sabes, Dairon? Eres un pobre hombrecillo triste y desgraciado. Sólo das pena. Me alegro de que no seas mi padre. No soportaría la idea de llevar en mí el legado de un maldito cobarde borracho y patético mentiroso.

-¡Seiza!

Así eran siempre las cosas en su hogar, su propia voz sonó dentro de los recuerdos de Seiza.

-Mi madre -pensó-, debí haberme traído a mamá conmigo. ¿Dónde estará? ¿Qué estará haciendo? ¿Se acordará de mí? Hace tanto que no la veo... No debí haberla dejado sola. Nunca me lo perdonaré.

Los soldados de asalto... No, los hombres de Hoox, siguiendo sus órdenes, la habían cogido y la habían arrastrado hasta una especie de pequeña mazmorra. Una vez allí, habían encerrado sus manos y sus pies en unos grilletes metálicos que no estaban conectados a nada, pero que, en cuanto se cerraron, generaron una especie de pasta

entre el metal y la piel. Esa pasta se solidificaría en fracciones de segundo.

Después la situaron en el interior de una especie de campo de fuerza. En ese momento, los grilletes, como si tuvieran vida propia, adoptaron posiciones, alejándose del cuerpo de Seiza. Sus brazos y sus piernas le obligaban a estar en forma de X, y el campo de fuerza le impedía moverse siquiera un poco.

Ella había intentado soltarse, agitar sus brazos y sus piernas, pero había sido inútil. Lo único que Seiza podía mover realmente era la cabeza. Se concentró en flexionar sus pulgares; tal vez podría aprovechar ahora alguna de las técnicas de contorsionismo que le enseñó Ashla. Después de varios minutos, desistió.

Apoyó la cabeza en el brazo izquierdo, exhausta. Ese canalla de Hoox se había asegurado bien de que ella no pudiese escapar.

Pero no podía impedirle que ella pensase lo que quisiera. Era la libertad última que le quedaba, y estaba decidida a usarla contra Hoox. Sus recuerdos le permitirían resistir.

Pasaron lo que a Seiza le parecieron horas, si no días, sin que nadie entrase en la mazmorra. La tensión constante de los brazos y las piernas era dolorosa al principio, pero al final era fácil acostumbrarse. Además, Seiza conocía la disciplina Jedi para controlar el dolor, y era fácil no sentir algo tan... No es que fuese leve, es que era demasiado constante.

Seiza estaba a punto de quedarse dormida.

Pero entonces, la puerta del calabozo se abrió, corriéndose hacia un lado. Un hombre con bata blanca entró. Seiza nunca le había visto antes.

El hombre tenía ojos pequeños y maliciosos, una sonrisa cruel e inteligente, y unos dedos que se movían rápidamente y con gran precisión.

-Hola, jovencita -dijo el hombre, mirando a Seiza-. Soy el doctor Bryony, y seré tu torturador. Mi objetivo es que me digas en qué planeta se esconde Ashla.

-Jamás -prácticamente le escupió Seiza.

Bryony no se mostró en absoluto intranquilo.

-Oh, todos empiezan creyendo eso -respondió Bryony-. "Sí, yo soy fuerte, podré resistir". Algunos de tus amigos lo creyeron. Pero permite que te diga algo: Dentro de una hora, me rogarás que te permita darme la información. Dentro de dos, me rogarás que te permita morir.

Seiza le miró fijamente, sus ojos le ardían. Clavó sus pupilas en las de su torturador y le dijo:

-¿Sabes una cosa, criatura patética? Sólo concentrándome puedo hacer que tus vasos sanguíneos se contraigan, que la sangre deje de circular por ellos, que tus órganos vayan fallando uno por uno... Dentro de una hora, toda tu sangre

estará frente a tus narices. Pero tranquilo, el proceso será tan lento que podrás ver cómo se te va parando el corazón poco a poco, lentamente tus tejidos se irán quedando sin riego, tus pulmones sin aire... y morirás.

Seiza esbozó una sonrisa sádica.

-¿Pero sabes lo mejor? Dentro de dos horas, Hoox tendrá que mandar que descontaminen la nave porque habrá pedacitos de ti esparcidos por todas partes porque acabarás dentro de los conductos de ventilación triturado por las hélices del sistema. Espero que me hayas entendido -terminó de decir Seiza soltando una carcajada con voz desencajada.

-Eso... Eso... Eso ya lo veremos, señorita -dijo el torturador algo contrariado unos segundos después. Aunque no reflejó nada en su cara durante la respuesta de Seiza, un escalofrío le había recorrido la espina dorsal y se había extendido por los nervios. No sabía exactamente qué había pasado en aquel momento, pero había sido algo nuevo para él, y no le gustaba. Dado que no quería empezar un trabajo estando nervioso, decidió salir de la celda y calmarse un poco.

Por su parte, Seiza, ajena a la marcha de su torturador, no daba crédito a lo que acababa de decir. Aquella no era ella misma. La Seiza que ella conocía era incapaz de hacer semejante amenaza de muerte y mucho menos cumplirla. Tenía la respiración agitada y por su mente no dejaban de pasar las ideas de odio y venganza. El cansancio, el tiempo que llevaba en aquel lugar, la traición de todo lo que conocía empezaba a hacer mella mucho más allá de lo que ella se podía temer... ¿Era ésa la manera de caer en el lado oscuro?

Cerró los ojos y trató de acallar su agitación, pero no lo consiguió, escenas dolorosas en su vida pasada ante sus ojos, injusticias que había visto, penalidades que había sentido... Todo se agolpaba en su cabeza. Seiza, a la desesperada, sólo encontró una manera de salir de esa angustia y rabia contenidas, y fue soltando un grito, lo más fuerte que su garganta le permitió, utilizando todo el aire que tenía en los pulmones.

Nadie se percató de aquel alarido, la celda estaba insonorizada, pero Seiza consiguió su propósito. Cuando se hizo el silencio y dejó de llorar, fue más fácil entrar en meditación. Estaba exhausta al límite de sus fuerzas. Sin duda, más que nunca, necesitaba buscar la luz al final de aquel túnel tan extraño.

Allí estaba, tal y como su maestro Ashla le había dicho, el medallón, símbolo del final de su camino y del final del camino de aquellos valientes locos que posiblemente habían llegado hasta allí en algún momento del pasado. Un medallón de un material muy resistente y dorado brillaba para ser visto como si tuviera luz propia. Allí colgado de una roca

que parecía haber sido diseñada por la erosión para servir sólo a un fin concreto, ser el mero soporte de un símbolo.

Ansiosa, Seiza se acercó a él, su deber era mirarlo, tan sólo se llevaría una piedra de aquel lugar y así demostraría a Ashla que había logrado aquella gesta tan extraña a la cual él la había mandado. Realmente Seiza desconocía el significado de aquella misión, desconocía el aprendizaje que aquel momento podría representar para ella.

La dureza de la caminata era ya épica. El dolor de todas las inclemencias pasadas y sufridas durante todo aquel tiempo de soledad era lo único que Seiza podría contar en un futuro, o al menos, eso creía. Atrás quedaban muchos días a solas con sus pensamientos, con sus recuerdos, con el frío y el viento; todo había estado presente en una dura escalada sin fin aparente, durante la cual Seiza había pensado en abandonar en más de una ocasión cuando parecía que un extraño velo le impedía seguir su camino.

Seiza se agachó a recoger el medallón que estaba frío como el hielo y algo desgastado, a su alrededor una fina capa de hielo cubría una pequeña charca, entonces su linterna cayó al suelo apagando por completo la escena y esto hizo que los ojos de Seiza se fijaran involuntarios en el reflejo del hielo de la charca que le mostraba el cielo que la cubría, limpio de todas nubes. Seiza, despacio, levantó los ojos, y allí se alzaba el lienzo de la noche repleto por los brillantes ecos plateados, azules y rojos de tantos sistemas que era imposible verlos todos con una sola mirada. Sus ojos revoloteaban nerviosos en el cielo intentado fijarse en la mayor parte de aquel espectáculo e intentando saborear cada minuto de aquel momento. La confusión, el cansancio de todos los días de interminable ascenso se agolparon en su mente. Seiza no pudo reprimir la emoción por toda aquella magnificencia y lo poco que podría ser contemplada. No era justo, pensaba, no era justo que toda esa belleza quedara oculta a los ojos de los habitantes de aquel planeta. Por ignorancia o por la falta de valentía para poder arriesgarse a venir, nadie en el universo era consciente de aquel tesoro.

Sintió tanto dolor en el corazón que tuvo que sentarse en una piedra cercana y tomar aliento para intentar deshacer un nudo en su garganta. Las lágrimas a estas alturas se agolpaban ante sus ojos, ansiosas por salir y liberar la tensión de un alma cansada, y en un instante aquellas lágrimas ya caían abundantemente reconfortando por un segundo las frías mejillas de Seiza, para luego dejar que el gélido ambiente lentamente las inmovilizara congelándolas en el suelo al caer, y allí quedaban muertas como testimonio de su cansancio, de su dolor y de la belleza del paisaje contemplado... Eran los ecos de las estrellas, era el lamento del paisaje expresándose a través de Seiza.

Minutos eternos, cargados de lágrimas, pasaron despacio mientras ella intentaba buscarle un sentido a todo, mas en un momento y con un nuevo azote del gélido viento a su mente llegaron unas palabras, una frase que de la nada surgió y sonó en su cabeza aturdida como un pensamiento, como el legado perenne dejado quizás por otro ser que se había quedado fundido con el espíritu de la escarcha que todo lo cubría... una voz con eco que dijo:

"...llegué y contemplé cuando mis lágrimas me lo permitieron... que pertenecemos a algo mucho mas grande que nosotros mismos... algo a lo que aparentemente somos ajenos desde nuestro nacimiento, pero que nos es tan vital como el aire que respiramos... Es aquello que nos mantiene unidos y que al mismo tiempo nos separa enfrentándonos a unos contra otros..."

-Pero no hay nada que mantenga unida a la galaxia, y por ello hay miles de almas que han sufrido estas consecuencias -pensó Seiza.

Ya había dejado de llorar y se preguntaba, ¿era aquella la enseñanza? Pero para ella, aquellas palabras no tenían sentido en el momento presente, quizás si en antiguos tiempos en los que el bien reinaba y unía mentes. Ahora todos aquellos sistemas que se alzaban ante ella eran pequeños fragmentos de un imperio de terror que se resistía a desaparecer. En todos aquellos sistemas se lloraba la injusticia, se lloraban las masacres interminables y se lloraba la huella del mal, millones de gritos de almas venían a sus oídos a través de la fuerza componiendo un cuadro de lamentos que ahora hacían su aparición desde todos los puntos en los que Seiza posaba sus ojos.

Una vez se hubo calmado por completo, se levantó despacio, decidida activó su sable láser, cogió el medallón de su lecho de roca y acercándolo al filo del sable encendido hizo que el símbolo llegara al rojo vivo; mientras tanto volvió a mirar a las estrellas, abarcó cuantas más pudo con sus ojos, y dijo a voz en grito hacia la vasta inmensidad visible que tenia ante si:

-Desde este mismo momento, yo, Seiza Sanui, cueste lo que cueste y aunque muera en el intento, os prometo que haré cuanto esté en mi mano para que volváis a ser parte de una sola galaxia, para que volváis a ser un todo frente al universo.

Acto seguido dejo caer el medallón incandescente sobre la parte interna de su muñeca derecha. Las lágrimas brotaron nuevamente de sus ojos y cayó de rodillas indefensa mirando como el medallón iba perdiendo la incandescencia en su propia piel, mientras, en su mente se repetía a si misma las palabras de su promesa hecha a las estrellas. Desde ahora lucharía en el nombre de las estrellas, y aquel símbolo sería su doloroso recordatorio.

-Notable, señor -dijo el androide médico-. No había creído posible que un humano pudiese recuperarse tan rápidamente.

Hoox se incorporó, prácticamente desnudo, desde su camilla. Aunque aún llevaba vendajes alrededor de las costillas, la mayoría de sus otras heridas se habían curado. En su estado de semidesnudez, era perfectamente visible la horrible cicatriz que Darth Ksar le había causado; con tiempo, descanso y bacta, le había dicho el androide, la cicatriz podría desaparecer totalmente, pero si él se levantaba y hacía vida normal, la cicatriz se mantendría en su sitio. Era difícil eliminar una cicatriz provocada por un sable de luz.

De todos modos, opinaba Hoox, la cicatriz sólo le afectaría estéticamente, y él no tenía preocupaciones en ese aspecto. El androide protestó: Muchas de sus heridas podría reabrirse si volvía a sus actividades físicas normales, su entrenamiento atlético y este tipo de cosas.

-Gracias por su preocupación -había dicho Hoox al androide, dejándole claro que, de un modo u otro, nadie, orgánico o máquina, decidiría las acciones del almirante R.J. Hoox.

Pero, después de una noche de inactividad bañado en bacta, Hoox estaba lo bastante bien para caminar. No permanecería más tiempo en el bacta.

No tenía ese tiempo.

Apenas cubierto con una especie de bata de paciente, Hoox abandonó la enfermería y fue a buscar al capitán Tryskho. Incluso con el extraño atavío que llevaba, emanaba autoridad.

No tuvo que llegar al puente. El capitán Tryskho salió a los pasillos a hablar con él.

-Hemos saltado al hiperespacio -dijo el capitán- por si acaso el Gremio de Cazarrecompensas nos detectaba. Habríamos tenido que dar explicaciones...

-Quiero saber todo lo que ha pasado en mi ausencia -exigió Hoox.

-Sí, señor -dijo Tryskho-. Le ruego que me acompañe mientras presento mi informe. Hay... Hay algo que quiero que vea.

-¿De qué se trata? -preguntó Hoox.

-Bueno -dijo el capitán-, precisamente ése es el problema. No lo sabemos. Verá, cuando usted desapareció, los dos pilotos del Escuadrón Oscuro que quedaban...

Hoox y el capitán se metieron en un tubo elevador que les llevaría a otro punto de la nave insignia.

-¿Entonces qué es lo que envió la guarnición de Gadamar? -preguntó Hoox.

-La investigación todavía no ha dado resultados, señor -dijo Tryskho.

Durante el informe, el capitán había guiado a Hoox hasta

el laboratorio donde los científicos estudiaban lo que Tryskho había llamado "el objeto". Tryskho presionó un interruptor y la pared opaca que les separaba del laboratorio se volvió transparente. En el interior, varios científicos y androides estaban alrededor de lo que parecía ser una camilla. Había tantos científicos que era imposible saber qué estaban estudiando.

Un botón abrió la comunicación.

-Doctores -dijo el capitán Tryskho a través de un altavoz-, ¿cómo va la investigación?

La mayor parte de los científicos continuaron su trabajo, pero uno solo de entre ellos se acercó a la pared transparente para hablar con los oficiales.

-No tenemos ni idea de qué es -dijo el científico-. No se parece a nada que haya en nuestras bases de datos. Hay muy pocos hechos concluyentes. Uno de ellos es que, sea lo que sea, está muerto.

-¿Es creíble -preguntó Tryskho- el informe de la guarnición?

El científico desvió la mirada y se encogió un poco de hombros.

-Creo que es demasiado pronto para estar seguros -dijo al fin-. Sin embargo, dada la capacidad cerebral del "objeto", opino que no deberíamos descartar esa posibilidad.

-Todos los presentes han visto el "objeto" -intervino Hoox-, excepto yo.

-Por supuesto, almirante -dijo el científico-. Les diré a todos que se aparten.

-No creo que haga falta -dijo Hoox-. Sin duda están todos ahora muy ocupados. Pero me gustaría echar un vistazo a cualquier holograma que hayan sacado del "objeto".

El científico se alejó hacia un teclado y presionó unos pocos botones. Un holograma del "objeto" apareció ante Hoox.

-¿Reconoce usted lo que es, almirante? -preguntó Tryskho.

-¿Qué haces, Comm? -preguntó Halkias.

-Estudiaba mi próximo objetivo -dijo Seiza-, y no me llames así. Sabes que no me gusta.

Halkias rió.

-Pero a mí sí... Commelina -le respondió, y volvió a reír.

-Te la estás ganando, amiguito -dijo Seiza.

-Uy, qué miedo -dijo él, intercalando pequeñas risitas-. La Jedi se cabrea. Mira cómo tiemblo.

Halkias se rió más alto, casi soltando una carcajada.

-Déjame, anda -dijo Seiza-. Necesito estudiar estos planos. Es importante para...

-Espera, no me lo digas -la interrumpió él-. Es importante para la misión y para el futuro de la galaxia, y el maestro Ashla confía en mí, y etcétera, etcétera. Seiza, es la misma cantinela de siempre. Ya me la sé de memoria. Ahora

te irás, me dejarás solo otra vez, y no te veré en no sé cuánto tiempo. Seguramente, cuando vuelvas, pretenderás que todo sea igual que antes.

-¿Acaso crees que me gusta dejarte? -preguntó Seiza con pena-. No lo haría si no fuese importante para...

-¿Cómo de importante soy yo en tu vida? -preguntó él-. No mucho, desde luego, porque jamás me escuchas y haces lo que te da la gana sin pararte a pensar lo que sentimos los que te queremos.

-Halkias, no estás siendo justo y lo sabes -le replicó ella-. Mi cometido es luchar por esta galaxia, y se me acaba el tiempo de...

-Oh, claro, no estoy siendo justo -dijo Halkias-. Te recuerdo que la galaxia siempre estará ahí, pero los demás no sé si estaremos para ti cuando nos necesites. Vive tu vida, Seiz. No vivas la vida por los demás, porque nadie te lo recompensará nunca. Llegará el día en que estés sola, herida, y nadie de los que ayudaste, ni siquiera tu querido maestro Ashla, estará ahí para ayudarte a ti. Entonces...

-Déjalo ya, Hal -dijo Seiza-. Ya conozco tu postura, pero...

-Pero como de costumbre harás lo que te dé la gana -terminó él.

-No me hagas elegir, Hal -dijo Seiza-. Por favor.

-Tranquila, no lo haré -dijo Halkias-. Es obvio que ya has elegido, y que yo soy el perdedor en todo esto.

-Me marchó, Hal, tengo que hacerlo -Seiza se acercó a la salida, pero entonces se detuvo y dijo, sin mirar atrás-. Oye.

-Dime, Seiza.

-Nada, Hal, olvídalo.

Cuánta razón tenía Halkias, pensaba Seiza. Debí quedarme con él cuando tuve la ocasión, debí decirle que le quería más que a nada. No sé si lo sabrá, pero desearía que así fuese. Oh... Desearía tantas cosas...

Una pequeña astronave monoplane aterrizó en un hangar del planeta Gadamar. Tres cazarrecompensas con armaduras distintas, todas las cuales mostraban impactos pasados, aguardaban al ocupante con las armas preparadas. Dos de ellos llevaban cascos; el otro tenía un rostro lleno de cicatrices.

El piloto de la nave descendió por una escalerilla. Los cazarrecompensas pudieron verle de espaldas y empezaron a establecer hipótesis. Humanoide, muy alto. Demasiado delgado para ser un wookiee. Estaba cubierto por una larga capa y una capucha, sin duda para esconder armamento.

Cuando el piloto estaba al fin en el suelo, uno de los cazarrecompensas se adelantó.

-Identificación y motivo para estar en Gadamar -dijo el cazarrecompensas; su voz estaba deformada por el casco y

sonaba como una radio con interferencias.

El piloto sonrió bajo su capucha; su interlocutor pudo ver el reflejo de la luz en algunos de sus colmillos.

-Soy un cazarrecompensas atraído por lo que he oído de Gadamar. Creo que puedo obtener dinero llevando ante la justicia imperial a algunos sicarios de los hutts.

-¿Pertenece al Gremio de Cazarrecompensas? -preguntó el hombre del casco.

-Por supuesto -dijo el hombre de la capa.

-Déjeme ver su identificación -exigió el local.

El otro sacó su mano derecha de debajo de su capa. Sus dedos era larguísimos y cada uno parecía tener cinco falanges. La mano en sí misma era cadavérica y huesuda, con un tono de piel increíblemente pálido.

-No necesitas ver mi identificación -dijo.

-No necesito ver su identificación -respondió el cazarrecompensas.

El hombre de la capa caminó hacia la puerta del hangar, aún embozado, sin esperar más problemas. Mientras, el cazarrecompensas se giró hacia sus compañeros para decirles que todo estaba bajo control. Después, informó por radio a la sede del Gremio.

El hombre de la capa había llegado a la puerta de salida, pero aún no la había abierto. Antes de hacerlo, se volvió. Su mano derecha era visible, y había levantado el dedo índice.

-Una cosa más -dijo.

-¿De qué se trata? -preguntó el cazarrecompensas.

El hombre de la capa encendió un sable de luz carmesí. El cazarrecompensas con el que había hablado seguía medio atontado, pero los otros dos reaccionaron.

No tenían ninguna oportunidad.

Los blásters empezaron a escupir sus disparos, pero la criatura de la capa los esquivó saltando hacia adelante. Ahora podían ver al fin su cuerpo, esas piernas con doble articulación, esos brazos con dos codos... La capucha se echó hacia atrás y los cazarrecompensas vieron también el rostro deforme y desfigurado de Darth Ksar.

Al aterrizar, Ksar acabó con uno de los cazarrecompensas golpeándole con el sable. El otro, el único que no llevaba casco, le disparó a quemarropa, pero Ksar logró reflejar el disparo con su sable para hacer que atravesase el cráneo del cazarrecompensas. Con un rápido movimiento de su arma hacia atrás, Ksar acabó con el último enemigo.

Ksar apagó el filo, giró su sable en su mano en una pequeña pirueta, y lo guardó en el cinturón.

-Nada como un acto gratuito de violencia innecesaria para subirme el ánimo -pensó.

Se ajustó de nuevo la capa y la capucha, y salió a la calle.

La labor que tenía por delante parecía relativamente

simple para alguien de sus capacidades, pero el agente enviado antes a hacer esa misma tarea, había sido interceptado y abatido por las fuerzas de seguridad locales. No se podía correr más riesgos.

La cantina estaba poblada de criaturas de muy diversas especies; Ksar ni siquiera podía presumir de conocer los nombres de todas esas razas, aunque sabía que representantes de muchas de ellas habían trabajado en el pasado para los hutts. Quizá se equivocase, por supuesto, y tal vez fuesen mercenarios y cazarrecompensas, fuerzas gubernamentales a su estilo.

De todos modos, no le importaba.

Se fijó en cómo el barman, un hombre grueso y calvo con un enorme mostacho y aspecto afable, limpiaba unos vasos mientras reía animadamente con uno de sus parroquianos, un alienígena verde sentado en la barra. Debían estar compartiendo un chiste. Un análisis más atento, y un breve sondeo con la Fuerza, reveló que el alienígena verde era uno de los mejores clientes del local, y había llegado a confraternizar realmente con el barman.

Ksar se sentó en la barra, cerca del alienígena verde, pero con uno o dos asientos vacíos por medio.

-Discúlpame un momento -dijo el barman a su amigo mientras se acercaba a atender a Ksar. El alienígena asintió con la cabeza y le sonrió, o hizo algo parecido con esa extraña boca suya.

-¿Qué va a tomar? -preguntó el barman a Ksar.

-Para empezar -dijo Ksar-, disimula sirviéndome algo de osskum. Y después charlaremos.

-Claro, señor -dijo el barman mientras buscaba la bebida. Se la trajo al cabo de unos instantes, un tiempo en el que Ksar no estuvo ocioso.

El barman puso un vaso de algo amarillo y humeante delante de Ksar.

-¿Y qué más quiere usted?

-Busco a Rougem -dijo Ksar.

-¿A quién, señor? -dijo el barman.

-Fíjate en tu amigo -dijo Ksar, haciendo un leve gesto hacia su izquierda, donde estaba el alienígena verde.

El barman miró al alienígena. Éste estaba asfixiándose, debatiéndose entre la vida y la muerte. Intentaba escupir y no podía; intentaba vomitar y tampoco tenía suerte. Se golpeó la cabeza varias veces contra la barra mientras Ksar, ajeno a todo esto, entrecerraba sus párpados en la medida de lo posible y se tragaba todo su vaso de un golpe.

El alienígena se golpeó contra la barra y se quedó allí, con los ojos abiertos.

-Es usted -dijo el preocupado barman a Ksar-. Se lo está haciendo usted.

Ksar asintió con la cabeza, despreocupadamente.

-Por favor, pare -dijo el barman.
-Demasiado tarde -respondió Ksar-. Ya está muerto. Ahora sigamos hablando. Tu hijo está en el piso de arriba. Puedo llegar hasta él sin moverme.
-No... -dijo el barman-. Por favor, señor...
-Ésta es la quinta cloaca que visito, y en tres de las anteriores estaban convencidos de que podría encontrar a Rougem aquí. Dos de los desgraciados informantes con los que me topé afirmaban lo mismo.
El barman seguía atemorizado.
-Rougem está en la tercera mesa del fondo, oculto detrás de la cortina.
-Gracias -dijo Ksar-. Esperaré otro vaso de osskum allí.
-No servimos a las mesas -explicó el barman.
Darth Ksar le miró. Sus inmensos ojos parecían decir "Si no me sirves, ¿para qué necesito que vivas?". El barman captó el mensaje rápidamente.
Ksar se alejó hacia la mesa. El barman podía ver cómo arrastraba su cola debajo de esa capa, pero no dijo nada e intentó no fijarse. Osskum. Debía preparar osskum.

El hombre de la mesa era corpulento, y casi tan alto como Ksar, pero probablemente pesaba el triple sólo por su musculatura. El armamento le hacía más pesado, más grande y más peligroso.

Especie humana. Inicio de bigote y perilla. Un visor oscuro sobre sus ojos. Sombrero, aunque Ksar pudo detectar debajo las orejas puntiagudas. Un poco pálido, pero nada tan espectacular como el propio Ksar. Pero lo que le identificaba totalmente era la tranquilidad de sus acciones, sus movimientos tan rápidos como precisos.

Él era el mejor cazarrecompensas que había en Gadamar. Era Rougem.

En cuanto Ksar abrió la cortina, Rougem ya estaba apuntándole a la cabeza con un bláster.

-Una razón -pidió Rougem.

-Si tú disparas, yo disparo -dijo Ksar, aunque se refería a su sable de luz. La sonrisa era claramente visible en su rostro.

-Tengo un detonador termal conectado a mis pulsaciones -dijo Rougem-. Si tú disparas, tú mueres.

-Eres el hombre que necesito -dijo Ksar con toda tranquilidad, ignorando que le estuviesen encañonando, y que él tuviese el sable de luz sobre una bomba de relojería-. Quiero contratarte.

-Me caes bien -dijo Rougem-. La mayoría ya se habrían asustado.

Rougem levantó su arma, pero no sonrió. Ksar no dejó de hacerlo. El cazarrecompensas atravesó de nuevo la cortina hasta su mesa, y el monstruo le siguió. Sólo se sacó la capucha cuando la cortina estuvo cerrada.

La mesa era pequeña, pero tenía suficientes asientos para que sobrasen ahora. Ksar se sentó como pudo (Ninguno de los asientos había sido diseñado pensando en piernas como las suyas), y empezó a hablar con Rougem.

-Verás, R... -empezó Ksar.

-Yo hablaré -interrumpió tajantemente Rougem-. He visto lo que hacías ahí fuera con Veeireed.

Ksar pensó que debía estar hablando del alienígena verde.

-¿Para qué contratarme? -preguntó Rougem-. Seguramente puedes usar tus poderes mentales para dominar mi mente.

-Considéralo un voto de confianza -dijo Ksar, sonriendo como un político rastrero-. Una muestra de buena voluntad.

En realidad, la explicación era otra: Si Rougem era controlado por esos medios, perdería buena parte de su eficiencia, tal vez un 20 ó un 30%. No era lo que Manendra quería. Además, Rougem no tenía moral ni decencia; podía ser comprado con facilidad... con fondos obtenidos ilegalmente, claro.

De todos modos, Rougem parecía darse por satisfecho con esa explicación. Por supuesto, sabía que era mentira, pero también sabía que ese arlequín no le iba a decir la verdad.

El barman le trajo la bebida. Rougem estaba un poquito impresionado, porque ni siquiera a él le hacía eso, pero su rostro no cambió en absoluto. Mientras el barman estaba allí, nadie dijo nada.

-Entonces... -dijo Ksar, sonriendo y juntando las manos ante él -. Entonces, si esta parte está clara, hablemos de negocios.

Rougem asintió con la cabeza.

-Hablemos de lo que quiero que hagas por mí -dijo Ksar, apoyando las manos sobre la mesa y girando su rostro.

Rougem negó con la cabeza.

-¿No? -preguntó Ksar, confuso. Por fin había dejado de sonreír-. ¿Entonces de qué hablamos?

-Dinero -dijo Rougem.

Ksar volvió a sonreír y extrajo del interior de su capa una caja metálica bastante grande, de casi medio metro de lado. La abrió y enseñó el contenido metálico a Rougem.

-Otro tanto al final del trabajo -dijo Ksar.

-Me has contratado -dijo Rougem.

-Lo que quiero que hagas es ilegal -explicó Ksar, como quien no quiere la cosa-. Inmoral. Indecente. Inhumano. Ayudarás a sojuzgar a un montón de personas inocentes.

-Lo que tú digas -dijo Rougem-. Si el dinero es bueno, el dinero es bueno.

Ksar sonrió. Rougem era tan insensible como afirmaba su reputación. Si era la mitad de eficiente de lo que afirmaba su reputación, Manendra habría ganado.

Fin del décimo séptimo capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.
Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez
para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com
Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.
Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.